

El paraíso perdido

Oriol Armengol Badía

Médico de Familia. ABS Poblenou. Barcelona. ONG «Médicos del Mundo»



A las nueve y media del día 26 de diciembre de 2004, un tsunami arrasó el este de la isla de Sri Lanka, la antigua Ceilán. Murieron 35.000 personas, pero otras muchas se quedaron sin casa y sin su principal recurso económico, la pesca.

Nothing is here for tears, nothing to wail

[No podemos limitarnos a llorar, ni quedarnos en lamentos]

John Milton, Paradise Lost

Cuando dos semanas después llegué a la isla a través de Médicos del Mundo, lo que de verdad me sorprendió no fueron los efectos de la destrucción. Una larga tradición de enfrentamientos y guerra civil entre la cultura hindú y la budista ya ha marcado la historia de este país. Sri Lanka podría haber sido un paraíso. El clima, la amabilidad y alegría de sus habitantes y una tierra a la vez exótica y abundante, deberían dar a la zona un aire feliz... que no tiene y pienso que no fue sólo el *tsunami* lo que lo apagó.

En aquel momento, las necesidades que nos parecieron prioritarias eran, por este orden, la prevención de enfermedades de transmisión, el alojamiento de las personas desplazadas y la reconstrucción de estructuras. Además, había una cuestión difícil, que era la atención al duelo, particularmente la atención al duelo infantil. Y ésta era una cuestión difícil, porque el duelo es diferente según cada cultura.

Una sociedad tradicional, en ocasiones calificada como muy subdesarrollada, raramente tiene huérfanos en el sentido que nosotros le damos, ya que el vínculo comunitario y familiar es mucho más potente que cuando esta sociedad comienza su occidentalización y muchos países del este de Europa son un buen ejemplo.

Nosotros no podíamos entender bien qué ocurría con estos niños, siempre sonrientes, pero que en realidad estaban de duelo.

Por este motivo, estos niños y niñas siempre alegres pero de duelo, huérfanos aparentes alojados en escuelas o mezquitas, porque ya no tenían casa ni padres, nos producían una sensación muy dolorosa. ¿Cómo debíamos de gastar todo aquel dinero que el Ministerio de Asuntos Exteriores nos había dado?

Las otras prioridades parecían más factibles. A través de maestros de escuela, se inició un programa de educación en los centros de refugiados, con el objetivo de la prevención de



enfermedades de transmisión que, como ya se sabe, en estas situaciones pueden ser difíciles de controlar. La otra línea de actuación era la financiación de la reconstrucción de un ala del hospital de referencia de la zona, gravemente afectada por el *tsunami*.

Pero siempre los extranjeros que estábamos allí teníamos la sensación de que lo más importante no lo podíamos proporcionar. Para los habitantes de Sri Lanka, ese sentimiento que mezclaba necesidad de ayuda, de invasión y duelo en realidad no tenía mucha paliación. Pero, ¿y esos niños? ¿por qué continuaban sonriendo?

En realidad, no entendimos suficientemente bien al país. Pondré un ejemplo que puede elevar la anéc-

dota de categoría. La ayuda internacional se volcó, y tuvo como principal protagonista a los Estados Unidos. El programa de ayuda alimentaria de este país, a través de sus excedentes agrícolas, envió inmediatamente después de la catástrofe miles de toneladas de arroz, principal y básico alimento de la zona. Resultado: el precio del arroz bajó a la mitad y para los agricultores ya no era rentable su cultivo.

Tal vez no entendimos bien al país, pero tampoco entendimos bien a los niños y tal vez yo no entendía bien a la infancia. Aquellos niños continuaban sonriendo porque los niños sólo miran hacia delante y la infancia, que dicen es la patria de muchos, no mira nunca atrás. ■